



EL BESO REDENTOR

JOAN BENNETT - CHARLES FARRELL

— PUBLICATION
SEMANAL

50
GS

LOS
MEJORES
FILMS

Año I

Núm. 10

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Pasaje de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

El beso redentor

Dramático asunto, hablado en español, por
CHARLES FARRELL, JOAN BENNETT,
RALPH BELLAMY, etc.

Es un film **FOX**

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

El beso redentor

Argumento de la película

Era a mediados del siglo pasado, en la época de la colonización. En aquella tierra de California se iban levantando pueblecillos que más tarde serían ciudades importantes. Todo era fiebre de trabajo y actividad, especialmente en aquella región de bosques, cuya madera era convenientemente aprovechada.

Salomé era la hija de Clay Madison, uno de los colonos más ricos. Una muchacha que unía a su sencillez su belleza. Y un carácter franco, generoso, acogedor.

Se hallaba aquella mañana de excursión cuando la presencia de unos oseznos que vagaban sueltos por las cercanías, la hizo escapar rápidamente y volverse a casa.

Desde allí oyó los cascabeles de un carruaje y comentó, mirando a su doncella, una negra que la había visto nacer:

—Ahí viene Yuba con la diligencia.

Y luego suplicó a su padre:

—¿Puedo ir al pueblo con Yuba?

El padre contempló sonriente el traje varonil que ella llevaba:

—Si te vistes decentemente.

—¡Ya lo creo!

Y entrando en casa, riendo como una loca ante la alegría de poder ir de excursión, ordenó a la doncella:

—Dame las botas.

Calzose unas botas de montar y se dispuso a salir.

—Pero su papá dijo que se vistiera decentemente.

—¿Para qué?

—Para que se enamoren de usted. Tiene usted que vestir como una mujer.

—¡Bah! No quiero que nadie se enamore de mí.

Y siempre riendo, con una sonrisa franca de independencia y libertad, dirigióse al encuentro de la diligencia que iba guiada por el bonachón cochero Yuba, quien saludó a Salomé y a su padre.

—Viene conmigo el futuro alcalde de Redwood.

—¡Ah, bien!

Se asomó por la ventanilla un hombre de mediana edad, cuya expresión denotaba desconfianza.

—¡Hola, Baldwin!—le dijo Clay.

—¿Cómo va? Me siento muy contento de haber regresado.

—Mi hija irá con usted.

—Encantado... Señorita Salomé, entre, entre...

—Y vuelve antes de la puesta del sol, Salomé.

La muchacha se acomodó al lado de Baldwin, y de nuevo emprendió su marcha la diligencia.

Baldwin sonrió y acercándose mucho a la compañera, le dijo:

—Ahora comienza a gustarme el viaje. Hasta este momento fué muy soso.

Y como se insinuase de una manera descarada, pretendiendo acariciar a Salomé, ésta saltó rápidamente del coche y por la parte posterior se encaramó al pescante, acomodándose al lado de Yuba y dejando a Baldwin con la humillación de aquel chasco.

—¡Cuidado que eres traviesa, Salomé!—le dijo Yuba.

—No soy tan tonta como algunos creen.

Y contenta de haberse podido librar de la antipática compañía de Baldwin, hombre que bajo su capa de seriedad, ocultaba

un temperamento perverso, continuó al lado de Yuba, amenizando el viaje con canciones y risas inocentes.

Poco después de haber abandonado Salomé su casa, llegó ante ésta un joven forastero, montado a caballo.

Habló con la doncella negra, quien, en nombre de su amo, le invitó a descansar, cumpliendo los deberes de hospitalidad.

—Gracias, pero no tengo tiempo. Voy hacia Redwood.

—Queda muy cerca de aquí. ¿De dónde es usted?

—Del Sur.

—Aquí hay muchos del Sur.

—Sólo me interesa uno... Baldwin.

—No le será difícil dar con él. Aún no hace mucho ha pasado por aquí. Se presenta como alcalde en las próximas elecciones.

—Ya veremos.

Y sonriendo de manera indefinible, azuzó de nuevo su caballo y continuó su ruta en dirección a Redwood, el pueblo más importante de la comarca.

* * *

La diligencia se detuvo en el camino, cerca de una casa de modesto aspecto. Unos niños corrieron hacia Yuba y Salomé.

—¡Traigo dulces para los niños!—dijo el cochero que tenía un corazón paternal. Y obsequió a los pequeñuelos con bombones.

Eran los hijos de un modesto labrador, llamado Pedro, el Rojo, hombre pobrísimo que en vano se esforzaba por poder mantener a su mujer y a sus cuatro niños.

Pedro se presentó poco después, escopeta al hombro, y con su aire taciturno y sombrío.

—¡Hola, Pedro!

—¡Hola, Yuba!

Conversaron un rato acerca de los malos que estaban los tiempos, y Pedro repitió de nuevo a Yuba la petición que le había hecho un día.

—Espero que me proporcionarás un perro negro. Lo necesito. Me haría mucha compañía para correr por aquí.

—Sí, hombre, sí. El primero que vea.

Uno de los niños lloraba. Salomé preguntó, sonriente, qué era lo que ocurría, y la madre explicó:

—Es que quiere ir a bañarse.

—¿Dónde se bañan?

—En el arroyo cercano al camino.

—Pues no hay más que hablar, ¿verdad, Yuba?

—Ya lo creo. Subid todos por mis piernas.

Los cuatro niños se encaramaron a lo alto de la diligencia.

—No tenga miedo, Elisa, yo los bañaré y los cuidaré bien.

—Muy agradecida, señorita.

Partió de nuevo el carruaje, llevando aquella alegre comitiva infantil, mientras abajo el señor Baldwin fumaba lentamente su cigarro habano.

Elisa, preocupada, dijo entonces a su marido:

—¿Me quieres decir qué haces por el camino en vez de estar labrando la tierra? De seguro que proyectas alguna travesura.

—¡Bah!

—No lo hagas, Pedro. El robar sólo podría traerte la desgracia.

—Tengo que mantenerte... y a los niños.

—Pero no de esa manera.

—Déjame en paz.

Y perdióse entre los matorrales, mientras por los ojos de Elisa pasaban unas lágrimas de angustia. Pedro era un carácter débil y hacía tiempo estaba desesperado por carecer de trabajo. ¿No cometería alguna locura?

Una hora después la diligencia llegó a Redwood, el lugar más importante de la comarca, y se detuvo ante la fonda.

La joven ayudó a bajar a los niños y luego saltó ágilmente negándose a aceptar el brazo que Baldwin le brindaba con falsa amistad.

—¡Caramba! No parece usted muy satisfecha de mi presencia. ¿Es que le teme a un antiguo amigo de su padre?

—De mi padre, puede... pero mío no lo es.

—Hace mal. Yo quisiera serlo de usted.

Varios hombres se acercaron a Baldwin y le saludaron afectuosamente.

—La ciudad de Redwood da la bienvenida a su futuro alcalde.

—Gracias, coronel... encantado de estar entre amigos.

—Y nosotros.

—A tomar unas copas todos... Yo convido.

Una mujer que se hallaba junto a la casa, comentó:

—Si este pueblo lo conociera, lo echaría como a un perro.

Momentos después apareció otro sujeto, un tal Larabie, comerciante de la región, que profesaba un odio mortal al padre de Salomé y que sospechaba sin fundamento que éste robaba sus caballos.

Buscó nervioso por la diligencia, temiendo que se escondiese allí su enemigo.

—¿A quién buscas, Larabie?—le preguntaron.

—A ese infame de Clay.

—Cuidado con hablar así de mi padre—protestó Salomé.

—Que ande él con más cuidado.

—Mi padre no teme a las víboras.

—Pues dile que saben picar.

El sheriff intervino:

—Calma... calma... tengamos la fiesta en paz. Si hay violencias, tu padre o Larabie colgará. Te lo advierto.

—¿Acaso Clay no es un ladrón de caballos?—insistió el negociante.

—Está usted loco. Mi padre es incapaz de semejante cosa.

—Pues repito que se ande con cuidado... porque ayer disparé contra un bulto, que me pareció tu padre, y otro día lo acertaré plenamente.

—Basta de gritos, y a beber todos.

Y Baldwin entró en la fonda en compañía de toda aquella gente, para quien era un importante acontecimiento la llegada del futuro alcalde.

* * *

A Salomé, la muchacha más bella de la comarca, no le faltaban adoradores. Su cariño se lo disputaban Jack Malbury, un rico hacendado, empedernido jugador, hombre en el fondo de buenos sentimientos, aunque disimulados por una capa de frivolidad, y Rufe Waters, un comerciante local, de violento carácter.

Los dos se profesaban una marcada antipatía, que se dirimía constantemente en las partidas de juego, durante las cuales el temperamento hosco de Rufe chocaba con la serenidad de su contrario.

Salomé fué con los niños al arroyo cercano, después de saludar a sus dos admiradores, que entraron en seguida en la fonda.

Sin embargo no le interesaba ni Malbury, ni Rufe, ni ninguno de los hombres que conocía. Amaba la libertad, el corretear por la comarca, el hacer su voluntad constante. Era todavía muy joven para pensar en las emociones del amor.

Entretanto la fonda bullía de animación y los comentarios giraban acerca de una partida de juego que habían comenzado Malbury y Rufe.

—Tus pagarés contra mi hacienda—había propuesto Malbury.

—¡Aceptado!

Empezaron a jugar. Baldwin y otros hombres presenciaban la interesante partida. Estaban también varias mujeres, criaturas desgraciadas, de esas que siguen siempre a los hombres en toda colonización y que, a su modo, les amenizan la vida.

—Lo que se están jugando es la mano de Salomé—explicaron a Baldwin.

Los dos jugadores disputaron enérgicamente acerca de la validez de la última partida.

La disputa degeneró en reyerta. Salieron a relucir pistolas, y

a punto estuvieron los contendientes de disparar, pero finalmente Malbury impuso su autoridad y ganó el dinero.

—¡Tramposo!—le gritó Rufe.

—No te consiento estas palabras.

—Quieres ganar mucho dinero para casarte con Salomé.

—¡Basta! No menciones su nombre en este lugar.

—¿Por qué no? Te advierto que soy yo quien piensa casarse con ella.

—Después que yo te haya echado de este pueblo.

—Pero tú irás delante de mí.

—Conmigo no puedes.

Baldwin sonreía, contemplando sin alterarse, la rudeza del juego, ese vicio tan próximo a provocar toda clase de crímenes. ¿Cómo lo iba a perseguir si él también había sido gran jugador?

Después de un largo descanso, apareció el cochero Yuba.

—¡Bueno! ¡Pasajeros, a la diligencia!

Unas muchachas iban a marchar en el carruaje. Habían pasado varias horas en la fonda, divirtiéndose con sus forzadas y alegres risas a los parroquianos. Y ahora se disponían a marchar a otro lugar, de orden del futuro alcalde.

Una de ellas, que conocía de antiguo a Baldwin y sabía la cantidad de vicio y de miseria que había en ese hombre, al oírle hablar de que si era elegido alcalde impondría la moralidad y las buenas costumbres, no pudo menos de sonreírse.

—¿De modo que tú eres el que va a purificar el pueblo?

—¡Sí! ¿Qué pasa, Minna?

—Algún día saldrá a relucir la verdad... Te he pedido antes si me podía quedar y me lo has negado.

—En efecto. Las mujeres de tu jaez son peligrosas si permanecen mucho tiempo en el mismo sitio.

—¡Canalla! Has vivido largo tiempo a mi costa y ahora me echas. Los tipos como tú tienen un nombre especial... Y eso es lo que tú eres.

—¡Largo de aquí!

Y rechazándola brutalmente la hizo subir a la diligencia. No quería saber nada de mujeres así. Le interesaba demostrar a todo el mundo que era un perfecto adalid de moralidad. Una vez elegido alcalde... las cosas variarían.

* * *

Malbury había ido al encuentro de la hermosa Salomé que se encontraba aún con los niños en el arroyo, preparando el momento de bañarse.

El joven hacendado después de piropoarla, quiso alejar de allí a los niños, y dándoles un naípe a cada uno, ordenó que fuesen a esconderlos.

—Después volved aquí y os encontraré las cartas.

Marcharon sonrientes, y Salomé indicó:

—Las cartas jamás te fallan.

—A veces...

Y tomando una baraja, dijo:

—Mira... Estos naipes encierran un cuentecillo... ¿Quieres oírlo?

—¿Cómo no?

—Un cuentecito acerca de una reina... que conocía un pobre muchacho.

E iba mostrándole las cartas, como si cada una fuese un personaje o un episodio del cuento.

—Ella solía reformar a los hombres... Y el hombre, aunque malo, la quería... Si le confesara su amor, ¿qué le diría la reina?... ¿Tú lo sabes?

—Yo, no...

Y adivinaba las intenciones del cuento, pero no quería demostrarlo, pues no sentía ningún amor.

—La reina tiene facultades para hacer de la sota, que es su enamorada, el rey de Corazón. Con sólo decir una palabra.

—¿Cuál?

—¡Te amo!

—Pues la reina no debe mentir. Contestará: No puede ser.

Marbury sonrió.

—La suerte no ha dado resultado. Hablemos con mayor claridad. ¿Y si yo te dijese que te quiero?

—Te tendría que decir que no quiero a nadie.

—Algún día vendrá el verdadero amor.

—Por hoy no aparece.

Volvieron los niños.

—Ya escondimos las cartas.

—A ver... ¿Qué carta era la tuya?

—El cinco de oros.

—Pues aquí la tienes.

Y en rápido juego de prestidigitación figuró sacársela de la oreja.

—¿Y la tuya?

—El cuatro de bastos.

—La tienes en mano.

Y fué mostrándoles todas las cartas que los niños habían ido escondiendo.

—Tenías otra baraja. Tenía otra oculta.

—Ya veis. ¡Este joven promete mucho!—dijo Salomé riendo.

—Bueno, Salomé, ¿nos bañamos o no?—propuso un niño.

—Sí, niños, sí.

Malbury se alejó de allí, volviendo a la fonda, y Salomé y los niños se desnudaron y tomaron un baño en la fresca agua del arroyo.

* * *

Una vez bañados los niños, Salomé se zambulló en el arroyo. Mientras gozaba del encanto benéfico del agua, vió cruzar el riachuelo a un jinete, un muchacho que avanzaba distraídamente.

Era el forastero que acababa de llegar a aquella comarca

con la esperanza de encontrar ocasión propicia para hablar con Baldwin.

Ella procuró ocultarse y pasó el joven sin que la viera. Pero al hallarse en la orilla se fijó en un montoncito de ropa abandonada y apeándose del caballo la cogió y descubrió que eran ropas de mujer. Casi involuntariamente vió a la muchacha, y avergonzado de lo que acababa de hacer, dejó la ropa y alejóse precipitadamente. Y ella quedó cubriéndose pudorosa, y envolviendo al forastero en una mirada de simpatía.

Al cabo de un rato salió del baño. Comenzaba a vestirse cuando notó que alguien la estaba espiando torpemente. Era Baldwin. Indignada y nerviosa quiso huir, pero Baldwin se presentó de nuevo con su aire lleno de pasión.

—¿Por qué huye de mí?

—Ya puede usted suponerlo. Me estaba bañando... y...

—...he tenido la dicha de verla. ¡Porque cuidado que es usted bonita, Salomé!

Pretendió acariciarla, deslumbrado por su belleza que había contemplado desnuda, pero ella se desprendió rudamente de sus brazos.

—Es usted muy valiente, sobre todo cuando no hay hombres cerca.

—¿Qué? ¿Se arrepiente de lo mal que se portó antes conmigo?

—No. Lo que siento es no haber sido hombre.

—Pues de eso me alegro yo mucho.

Intentó besarla, y sostuvo una dura lucha con ella, durante la cual la pobre joven sintió el dolor de aquellas manos férreas que la aprisionaban brutalmente y le hacían mucho daño.

Furiosa abofeteó a Baldwin y se vió libre al fin de él.

A punto estuvo de agredirle nuevamente, pero sonrió y limitóse a decir:

—Usted se equivoca conmigo, Salomé.

—Me equivoqué al no tratarle desde el primer momento como se merece. ¡Es usted un canalla y no me vuelva a dirigir la palabra!

Y se alejó exaltada por la innoble acción de Baldwin al pretender hacerla suya a la fuerza, y con un propósito terrible de vengarse de alguna manera.

Baldwin, sin inmutarse demasiado, convencido de que nada ni nadie se resistiría a sus anhelos, volvió lentamente hacia la fonda.

* * *

Horas después Rufe sostenía una conversación con Clay, a quien decía:

—Usted sabe que casi todos los terrenos de aquí son míos... Que soy, pues, muy rico, y por lo tanto le pido la mano de Salomé.

—Rufe, eso lo tendrá que decidir ella. Yo no la obligaré nunca.

Apareció la joven, quien todavía se hallaba bajo los efectos de la indignación por su encuentro con Baldwin.

Clay y Rufe callaron al verla, pero Salomé, adivinando que estaban hablando de ella, les dijo:

—¿De qué trataban?

—Rufe me decía algo sobre ti... pero yo en este asunto no tengo autoridad. Eres tú quien debe decidir.

Se alejó Clay, y entonces Rufe indicó:

—Pedía tu mano a tu padre.

—Y, como siempre, le decías que eres muy rico, ¿verdad?

—Lo soy.

—Tus declaraciones de amor parecen operaciones mercantiles.

—Eso no es cierto... Te idolatro. Tengo celos de todos.

Dominada por el afán de venganza, de que momentáneamente estaba lleno su corazón ante el insulto realizado por Baldwin, dijo a Rufe sin medir realmente las consecuencias de sus palabras:

—¿Y si un hombre me insultara?

—Lo mataría.

—Pues mata a Baldwin y me casaré contigo.

—¿A Baldwin?

—Mientras viva, me consideraré ultrajada.

Y le mostró las señales marcadas en sus brazos durante la lucha.

—Pero pides mucho... Matarle... ¿Por qué no le hablas a tu padre?

—No puedo decírselo. Bastante tiene con librarse de Larabie.

—Sí, pero... Baldwin debía estar borracho... y era, pues, inconciente.

—¡Qué cobarde eres!

—Quizás él lo niegue...

—¿Pero es que piensas discutir con él?

—No puedo matarlo sin pedirle una explicación.

—No tienes más que decirle que me insultó, que insultó a la mujer que amas.

—¿Te casarás conmigo entonces?

Salomé sonrió. Bajo el influjo de la venganza, dijo:

—Haz la prueba.

—Está bien. Lo pensaré.

—¡Cobarde!

Y convencido de que aquel hombre era incapaz, no ya de matar, cosa que seguramente ella no quería, pero sí de castigar con una buena paliza al insolente que la había agredido, se encerró en su casa.

* * *

La diligencia se detuvo poco después ante la fonda. Descendieron varias mujeres, entre ellas Minna. El cochero Yuba manifestó con grandes gestos que les habían atracado.

—Asaltaron la diligencia... Ibamos la mar de tranquilos y le estaba explicando un cuento a Minna...

—¡Ojalá no lo repita!—interrumpió ésta furiosa.

—Cuando un enmascarado nos amenazó con una pistola... Y gritó "Manos arriba". Y cuando iba a montar mi pistola... vi que ya estaba despojando a las mujeres de sus joyas... Entonces dos de las yeguas se pusieron a relinchar así...

Se interrumpió con unos ridículos sonidos, y prosiguió:

—Ustedes ya saben cómo se pone el potro Baldy... Eso alborotó al otro caballo... y dije para mí: "Se van a espantar todos... Mejor será que regresemos y no hagamos el viaje por hoy..." Bueno, ha sido terrible. Lo que me hace falta ahora es una copa.

—¡Cómo miente este hombre!—protestó Minna—. Cuando se presentó el enmascarado, Yuba se retiró del pescante y se escondió en el matorral. De allí lo saqué yo. De no haberme robado el brazalete, sólo hubiera sido un susto.

—Bien... Hay que organizar una expedición para detener a ese bandido—dijo el sheriff—y ahorcarlo inmediatamente.

Baldwin se enfureció al volver a ver allí a Minna y le ordenó que lo antes posible se marchara.

—¿Es que tratas de desprestigiarme?

—Más de lo que lo estás...

Baldwin vió entonces con vivísima sorpresa entrar en el establecimiento a un joven forastero.

Pálido y asustado subió el candidato a alcalde las escaleras, dirigiéndose a las habitaciones que ocupaba en el primer piso.

El forastero avanzó hacia el mostrador y se fijó en un retrato del hombre a quien buscaba.

—Es nuestro futuro alcalde—le dijo el dueño.

Con expresión sombría preguntó:

—¿Dónde puedo encontrarle ahora?

—Arriba, y para su gobierno, le advierto que es un hombre honrado a carta cabal.

—Sí, un dechado de honradez.

Subió rápidamente hacia el primer piso y llamó ante la habitación de Baldwin.

—¡Abre, Baldwin!

Pero como éste pareciese hacer el sordo, de un empujón violentísimo consiguió penetrar en la estancia.

Su mano acariciaba el revólver. Su mirada se posaba con odio feroz en la de Baldwin, que aparecía pálido y trastornado tras de su mesa.

—¿Estás loco? ¿Qué maneras son esas de entrar?

—No estoy loco, pero lo he estado, aunque ahora me siento mejor.

—Vamos, cálmate; tú y yo solíamos ser amigos, Mac.

—Sí, lo éramos... pero eso fué antes de verme obligado a dejar sola a mi hermanita.

—¿Tú crees que yo...?

—No perdamos tiempo. Abusaste de mi hermana y has de pagar tu crimen...

—Pero, Mac...

—Coge una pistola y vamos a desafiarnos. No lo mereces, pero yo no mataría ni a un perro a sangre fría.

—No puedo aceptar tu reto—dijo temblando.

—¿Tienes un arma?

—No.

—Toma ésta.

Baldwin era un gran cobarde y se vió perdido. Mac parecía dispuesto a matarle. Y quiso calmarle con frases embusteras.

—No quería decírtelo, pero no me queda otro remedio. Tú no conoces a las mujeres, Mac... Yo no maté a tu hermana.

—¡Fuiste tú!

—Te juro que no... Quise tanto a tu hermanita... ¿Es que crees que si no la hubiese querido tanto guardaría ahí su retrato? Mírala, pobrecita.

Impelido por una viva curiosidad, volvió la cabeza y en aquel momento Baldwin cogió una silla y la arrojó contra Mac, quien cayó al suelo aturdido.

Saltó Baldwin por la ventana y luego entró de nuevo en la taberna. Pero el desvanecimiento del forastero había sido momentáneo. Corrió en su persecución y le vió escapar detrás de una puerta, junto a la del café. Decidido a que no pudiera huir, dispuesto a castigarle de una manera implacable, le disparó varios tiros que, atravesando la madera, vinieron a dar en el pecho de Baldwin, que cayó muerto.

Luego abriéndose paso con su revólver y entre el estupor general, el forastero montó a caballo y escapó, mientras la gente corría en auxilio del herido.

No había ya nada que hacer. Un balazo le había partido el corazón.

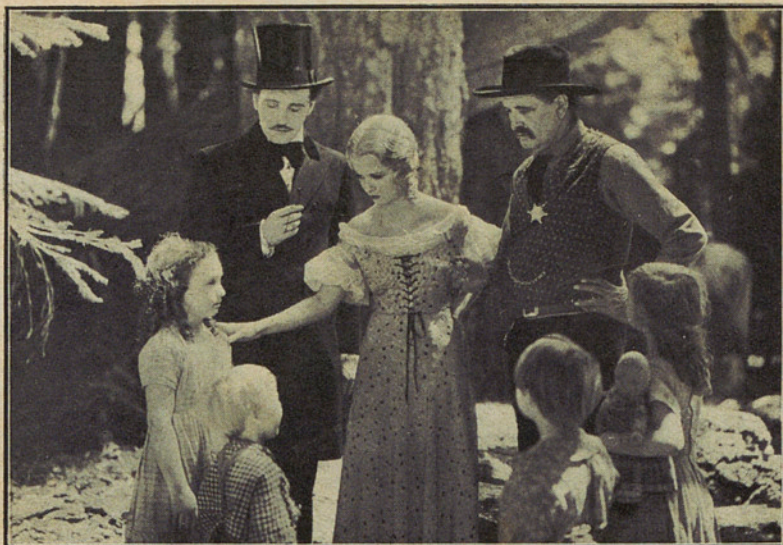
Minna se acercó a él y viéndole muerto, le dió un golpe con el pie al tiempo que estallaba en una carcajada siniestra.



—¿De modo que tú eres el que va a purificar el pueblo?



—Usted se equivoca conmigo, Salomé.



—¡No se lo digas!



—¿No tiene nadie de quien quiera despedirse?



. . y, emocionada, le besó ..



--Para el niño, ¿verdad?



—Póngase la ropa de papá.



... avanzaban hacia el olvido, hacia el amor...

* * *

Salomé se hallaba en el bosque jugando con los chiquillos de Elisa.

De pronto a una de las niñas le cayó un brazalete y Salomé lo recogió.

—Deja que te arregle el brazalete. Pero, caramba, ¡qué bonito es! ¿De dónde lo sacaste?

—Ana María se lo quitó a mamá—dijo otro de los hermanitos.

—Puedes perderlo. Vale más que se lo devuelvas.

—Guárdamelo tú, Salomé.

—Está bien.

Se lo ciñó al brazo.

Momentos después llegaban su padre, el sheriff, cochero Yuba, Malbury, y varios otros hombres, quienes comentaron los dos sucesos del día: el asesinato de Baldwin y el asalto de la diligencia.

Salomé tembló y por un momento pensó en si Rufe habría realizado lo que ella le propuso. Sintió un gran remordimiento, pero se serenó pronto. Rufe era incapaz de haber efectuado un acto así. Además pronto aclararon que era un forastero el autor del crimen.

¿Sería tal vez aquel joven que ella había encontrado? Y experimentó un anhelo de que no le ocurriese nada y de que pudiera ponerse en salvo.

—Continuemos buscándole—dijo el sheriff—. Vamos en busca de los perros... Se han escondido en la maleza... Colgaremos a dos...

—Pero por algo le habrá matado... Denle ocasión de declarar—suplicó ella.

—Sí, después que lo hayamos ahorcado.

—Baldwin era un mal sujeto.

—Según como se mire.

Yuba preguntó de pronto, muy nervioso, señalando a Salomé:

—¿De quién es ese brazalete?

—Lo tenía Ana María—contestó Salomé.

—¿Qué pasa con ese brazalete, Yuba?—dijo el sheriff.

—Pues nada menos que es el que robaron en la diligencia.

—¡Entonces Pedro El Rojo es el bandido!

—¡Oh, no!—dijo Salomé, comprendiendo la gravedad de la situación—. El es incapaz de hacerlo.

—Pronto vamos a saberlo.

Y el sheriff avanzó hacia los niños.

Salomé protestó. No quería que se hiciese declarar a las criaturas, ingenuamente, contra su propio padre.

—¿De dónde sacó Salomé este brazalete?

—Ana María se lo dió—explicó un niño.

—¿Quién te lo dió, Ana María?

Salomé intentó hacerla callar.

—¡No se lo digas!

—¡Dímelo, Ana María!

—Papá se lo dió a mamá.

—¡Ah, bien!

Salomé quedó aterrada. No había duda de que el padre de aquellos niños era el ladrón de la diligencia.

Les hizo marchar a su casa y luego suplicó al sheriff, súplica a la que se unió también Malbury:

—Olvidemos ésto por estas pobres criaturas.

—Lo siento... pero tengo que cumplir con mi obligación... Es lástima que tengan un padre tan malo.

Apareció Rufe y avanzó hacia Salomé.

—¡No me hables!—le dijo ella.

—Pero Baldwin ya ha muerto.

—¿Lo hubieses matado tú si no lo hace el forastero?

—Más vale que haya sido él.

El sheriff dió orden de que la expedición se dividiese en dos grupos. Al frente de uno de ellos iría él, al mando del otro, Rufe, que ahora tenía un especial interés en que detuviesen al forastero.

* * *

Salomé marchó sola hacia la casa de Pedro con el propósito de prevenir a éste de lo que ocurría. No por complicidad ni simpatía alguna hacia aquel hombre, sino porque le daban lástima los pobres niños y la mujer.

Y de pronto en el camino del bosque encontró al forastero.

Al verla, él se detuvo unos instantes admirando el rostro de aquella mujer que ya no le era desconocida.

Temió Salomé por él, pues no muy lejos de allí rondaban los perseguidores.

—¿Fué usted quien mató a Baldwin?

—Sí.

Sintió una extraña alegría de que hubiese desaparecido el hombre que la había ofendido tan gravemente y que el vengador fuese este joven.

—Huya, aún está a tiempo... Cruce la frontera... Quizas logre usted escapar... Evite ir por los caminos.

—Gracias. Seguiré sus consejos.

—Pero, ¿por qué lo mató?

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Fué por causa de una mujer?

—Sí...

Sintió un gran disgusto en el corazón, pero, comprendiendo que no podía perder tiempo en explicarle largas historias, le dijo:

—Apresúrese... Le persiguen...

—Lo sé... Y muchas gracias por sus palabras. Me hubiese gustado conocerla antes.

—Y a mí.

Se miraron un momento conmovidos, y Mac continuó su marcha, procurando internarse por los bosques.

Poco después la joven se dirigió a casa de Pedro, en compañía

de Malbury, que por amor a Salomé y viendo como ésta deseaba salvar a Pedro, quería contribuir a su huída.

Hablaron con Elisa, comunicando a la pobre mujer lo que pasaba.

—Lo están buscando. ¿Puede usted prevenirle?

—¡Oh, yo no sé...! ¿Dónde está? ¡Ese Pedro! Ya sabía yo que había de acabar mal.

Malbury, espíritu generoso, le entregó dinero.

—Esto le pertenece. Lo ganó su marido la otra noche en el juego.

—Gracias. Sé que no es cierto, pero Dios se lo pague.

—Vea si encuentra a su marido, Elisa, y adviértale que huya. Yo entretanto cuidaré de los niños.

—Gracias, Salomé. Quiera Dios que Pedro logre huir.

Y marchó la pobre mujer, mientras la buena Salomé, rodeada de los niños y de Marbury, les explicaba:

—Dentro de poco pasará por aquí papá Noel y os traerá muchas cosas...

* * *

Poco después y en ocasión en que Pedro El Rojo había disparado un tiro y se apropiaba de un ciervo al que acababa de matar, fué descubierto por el sheriff y su gente.

La ley era brutal en aquellos países y el sheriff era dueño absoluto de las vidas de los delincuentes.

Inmediatamente dió orden de que Pedro fuese ahorcado. Esto serviría de escarmiento a cualquiera que tuviese intenciones de ladrón. Había que arrancar en su raíz cualquier intento de bandidaje.

Pedro se resignó a su situación. Pero pidió le dejaran despedir de los suyos. Accedió el sheriff y emprendieron la marcha hacia la casa de él.

¡Qué inmensa emoción se apoderó de la pobre esposa que ha-

bía estado buscándole inútilmente, al ver a Pedro conducido por unos guardianes!

Salomé lamentaba en el alma que le hubiesen detenido y pensaba en la dolorosa situación en que quedaría aquella pobre gente.

—Pedro... Pedro... ¿es que te van a ahorcar?—le preguntó Elisa.

El sheriff dijo impasible:

—Sí, y al forastero también. Los perros lo encontrarán.

Pedro, tristemente, abrazó a su mujer y besó a cada uno de sus hijos, que no se daban cuenta aún de que era el último beso.

Uno de los niños le preguntó sonriente:

—¿No me has traído el perro negro, papá?

—Ahora voy por él, hijo mío.

—¿Tendrá una cola bien larga?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Había lágrimas en sus ojos, lo mismo que en los de la esposa y Salomé. El propio Yuba se sentía angustiado y los demás tampoco podían contener su emoción.

Entretanto Rufe y su gente habían conseguido detener al forastero que había intentado esconderse en el hueco de un grueso tronco.

No hubieran dado con él a no ser por los perros que olfatearon su presa y ante aquel árbol comenzaron a ladrar de una manera desaforada.

Salió de su escondite y se entregó sin ofrecer resistencia. Y le condujeron hacia el lugar donde estaba Pedro despidiéndose de los suyos.

Salomé sintió una profunda pena y le envolvió en una mirada de amor.

Mac contempló con tristeza a aquella linda criatura.

—¿Mató usted a Baldwin?—dijo el sheriff.

—Me niego a contestar.

Salomé le rogó:

—Dígales por qué lo mató.

—No me creerían.

—Entonces, me creerán a mí.

Y dispuesta a interceder por el joven, continuó:

—Baldwin no respetaba a ninguna mujer. Hablo con conoci-

miento de causa. Y este forastero tenía sus motivos para proceder como lo hizo.

—Parece que se interesa usted mucho por él—dijo Malbury.

—No puedo permitir que lo sentencien.

—¡Basta!—dijo violentamente el sheriff—. Varios hombres presenciaron el crimen y afirman que éste es el asesino.

—Sí, sí... Lo vimos con nuestros propios ojos.

—Entonces no hay más que hablar. Vais los dos a recibir vuestro castigo. Pedro, ¿tienes algo que decirle a tu mujer?

Pedro suspiró profundamente. Se daba cuenta de los errores en que había incurrido en su vida. Pero todo lo había hecho para los suyos. Mac continuaba impávido y sereno, dispuesto a pagar con su vida la muerte de Baldwin.

—¡Date prisa!—dijo el implacable sheriff.

La esposa, que había abrazado a Pedro, se volvió tristemente:

—Robó para alimentarnos... ¡Perdonadle!

—¡Nunca!

—¡Pedro, Pedro! Siempre te dije que no debías robar...

—Fué una locura. Sólo siento la soledad en que voy a dejarte.

—¡No le matéis, por favor!

Volvió después a abrazar a los pequeñuelos, que adivinaban algo terrible y sombrío.

La comitiva iba a ponerse en marcha.

El cochero Yuba miró al forastero y le preguntó:

—¿No tiene nadie de quien despedirse?

—No.

Yuba, buen corazón, miró a Salomé que estaba enternecida.

—¿Quieres decirle adiós a un desgraciado?

Avanzó ella hacia el forastero, el hombre por quien sentía una inclinación extraña, un anhelo desconocido.

—Lo siento en el alma—suspiró.

Se le acercó mucho y, emocionada, le besó con un largo beso en que no había sólo el dolor de la despedida, sino la tristeza del corazón que se aleja del corazón que quiere.

—¡Bueno, en marcha!—ordenó el sheriff—. ¿Vienes con nosotros, Malbury?

—No—contestó éste, contrariado.

Se hallaba disgustado por aquella escena, pero se sentía también molesto por aquel beso que había adivinado era algo más que un beso compasivo; era un beso de amor.

Rufe, no menos celoso, se acercó a Salomé.

—¿No quieres besarme a mí? ¿Acaso soy peor que un asesino?

—Cuando te vayan a ahorcar, te besaré.

Y en compañía de su padre y de Malbury se retiró de allí para consolar aún a la pobre Elisa, mientras la comitiva emprendía la marcha.

A un kilómetro de allí, en una pequeña explanada, se detuvieron para la ejecución.

—¿Quién quiere ser el primero?—preguntó el sheriff.

Pedro se adelantó.

—Yo. Estoy listo.

Le ataron fuertemente y le hicieron subir a caballo, pasándole una cuerda por el cuello, cuerda que suspendieron de un árbol.

Yuba, con gran emoción, se acercó a él y le estrechó la mano.

—Traté de hacer creer que no fuiste tú.

—Gracias, Yuba. ¿Buscarás un perro negro de cola larga? Es para mi niño, ¿sabes? Quiero cumplir mi promesa.

—Sí.

Instantes después el cuerpo de Pedro se balanceaba con la soga al cuello, suspendido de la rama de un corpulento árbol.

Todos se estremecieron. Mac estaba pálido. Ahora le tocaba a él. Subió a otro caballo y le ataron fuertemente. Pero de pronto, aprovechando un momento de distracción, picó espuelas y huyó a la desbandada, sin que a pesar de la persecución y de los disparos que le hicieron, consiguieran alcanzarle.

¡Ah, el maldito! El sheriff rugió de furor. En cambio, Yuba experimentó una satisfacción inmensa, pues también él comprendía que Mac había tenido sus razones para acabar con la vida de un hombre tan odioso como Baldwin.

* * *

Jack Malbury había ido aquella noche a ver a Salomé y a su padre. Hablaron los tres junto a la puerta principal.

Salomé estaba muy excitada e inquirió detalles del doloroso fin del forastero. Pero Malbury no sabía nada.

Luego dijo al padre de ella:

—He visto a Larabie y sigue amenazándole de muerte.

—Ese hombre está loco. Gracias por su advertencia, Malbury.

—No salga esta noche.

—No saldré, porque si lo mato, me ahorcarán.

Apareció el cochero Yuba con un perro negro en brazos.

—¡Hola, queridos! ¿Qué os parece? Es el más negro que encontré.

—Para el niño, ¿verdad?—preguntó Salomé.

—Sí, me lo pidió tanto... Pero ¡uf! qué cansado estoy.

—Parece que has corrido mucho.

—Sí. Tengo noticias interesantes para la señorita.

—¿Para mí?

—El forastero que Salomé besó... logró escapar.

—¿De veras?

Una inmensa alegría iluminó las facciones de la muchacha. Todos los demás se alegraron también.

—¡Oh! ¿Cómo fué eso?

—Pues, muy sencillo. Estaba a caballo bajo un árbol, pero espantó al animal y salió como una exhalación. Yo no pude contener un grito de júbilo, hasta que observé que el sheriff me miraba de cierto modo. Y antes de que nadie se pudiera mover, había ya desaparecido del bosque... Pero ¿qué es eso?

Y levantó al perrito, que había realizado sobre él una de sus húmedas necesidades.

—¡Válgame Dios! ¡Cómo me ha puesto! ¿Cómo me presento ahora ante la viuda?

Salomé sentía crecer su emoción.

—Cuéntemelo todo, Yuba.

—Pues que jamás vi a un hombre tan valiente, tan sereno. Excepto una vez que iba persiguiendo a un criminal...

—¿Crees que lo capturarán?

—No sé. Rufé fué en busca de sus perros.

—¡Quisiera matarlo!—dijo con indignación.

—Apuesto a que ni tú ni Malbury colgaríais a nadie, ¿verdad, Clay?

—Opino lo mismo—dijo el padre de ella disponiéndose a salir.

—Pero ¿dónde va usted? Es muy peligroso el salir.

—Tengo que curar a mi caballo enfermo.

—Yo curaré a su caballo—dijo Yuba—. Ya sé que Larabie le persigue. Vamos, entre en la casa.

—Sí, papá, entra. Larabie no se atrevería a venir aquí.

—Si viene, me hallará preparado. Pero no te mezcles tú en esto, Salomé.

—No, papá.

El señor Clay entró en la casa y el cochero Yuba marchó a curar el caballo.

Todavía quedaron conversando Salomé y Malbury. La primera con una alegría que era como una legítima esperanza; Malbury con una amarga melancolía, pues se daba cuenta de que ella sólo vivía por el extranjero.

De pronto percibióse un extraño rumor y Malbury fué a examinar los alrededores de la finca.

—¿Oyó usted algo?—le dijo ella, alarmada.

—Sí... y observé un bulto. Vale más que me quede aquí.

—Gracias. No es necesario. Debía ser alguien que pasaba. Además, papá no saldrá.

—Pero...

Momentos después se presentó Yuba, quien dijo:

—El caballo está ya bien. Lo he examinado.

—¡Ah, muchas gracias!

Marcharon los dos hombres, y ya se disponía Salomé a encerrarse en casa, cuando sintió pasos detrás de ella y llena de emoción distinguió al forastero.

—¡Oh! ¿Entonces era usted el del ruido misterioso?

—Sí, Salomé, y muchas gracias.

—Me alegro de que haya escapado.

—Su beso me infundió ánimos... Un beso que nunca olvidaré.

Ella le miró y preguntó como una idea obsesionante:

—¿Quién era la mujer por cuya causa mató usted a Baldwin?

—Mi hermana. Murió después de ser deshonrada por el miserable.

—¡Pobre!

Sentía una profunda alegría al saber que se trataba sólo de la hermana.

—Pero, debe usted marcharse; le pueden capturar.

—No volverán a hacerlo... si usted vuelve a infundirme ánimo.

Y la miraba con tanta ternura que ella se dejó caer en sus brazos y suavemente le besó.

Momentos después oyeron pasos, tan cercanos ya, que era imposible escapar.

El terror anidó en las facciones de ella.

—Póngase la ropa de papá. ¡Pronto! Y tiéndase en aquel banco.

Obedeció Mac, cubriéndose con una capa y yendo a tenderse en un cercano banco, como simulando estar dormido.

Quien llegaba era Rufe.

—¡Silencio!—dijo Salomé—. No despiertes a papá.

Y señaló el banco.

—¡Ah, bien!

—¿Qué haces por aquí?

—Estoy buscando al fugitivo.

—No debías hacerlo. No es mala persona.

—Le defiendes, y porque le defiendes, le odio. Además, se le ha visto huir por aquí.

—Yo no sé.

—Te interesas por él, no lo niegues. ¡Es el colmo! Eso de besar a un hombre en público.

—Es mejor que besarlo en privado.

—Supongo que también lo hiciste.

—¡Rufe!

—Bien. No discutamos.

Poco después volvió Malbury, y Rufe se alejó para ir a reunirse con su gente y seguir las huellas del fugitivo.

Mac no se movía de su escondite.

—¿Qué quieres ahora?—le preguntó ella—. No grites, que papá duerme en aquel rincón.

—Es que he visto a Larabie que ronda por estas cercanías. Es preciso prevenir a tu padre.

—Gracias. Pero papá no corre peligro esta noche. Ya lo ves. Está allí.

—De todos modos, me quedaré por si viniera el asesino de Baldwin.

—Pero tú no crees que es un asesino, ¿verdad?

—No sé. Nadie le conoce. Podrías peligrar.

—Es incapaz de hacerme ningún mal.

—No estoy muy seguro.

—De todos modos, está muy lejos de aquí.

—No; está muy cerca.

—¿Cómo?

—Los jugadores adivinamos los pensamientos de los adversarios. Y tú estás pálida y nerviosa e indudablemente ocultas a ese hombre.

—¡Entra y búscalo!

—No sabes fingir.

Pero en aquel momento abrióse la ventana y apareció el padre de Salomé, quien dijo:

—Entra mi abrigo y mi sombrero, Salomé.

La muchacha quedó aterrada. Miró a Malbury que sonreía. Esta vez, todo estaba descubierto.

Avanzó Malbury, revólver en mano, hacia el hombre que estaba tendido en el banco, y le dijo:

—¡Levántese!

Obedeció el forastero y contempló con triste sonrisa a Salomé.

El destino se complacía en perseguirle.

—Usted, ¿eh?—dijo Malbury—. No piense que sé va a escurrir tras de una mujer.

—No acostumbro hacer eso.

—¿Le vas a entregar?—preguntó Salomé.

—Naturalmente.

Ella se indignó y dijo con ciega rabia:

—Malbury, no quiero que le entregues. ¿Qué vas a ganar con ello? Yo no te quiero a ti... es inútil. Y aunque ese hombre sea malo, aunque me trate como Pedro trataba a su mujer... lo que-rré siempre.

En aquel momento se oyeron ladridos de perros. Volvía Rufe esta vez con los sabuesos, que husmeaban el camino y descubrían a Mac.

—¡Ellos!

Mac se estremeció; ella hizo un gesto de dolor, y Malbury vaciló un momento; pero al cabo tuvo un gesto heroico y digno.

—¡Cambie las botas conmigo! ¡Pronto!

—¡Oh, gracias!

Lo hicieron en un santiamén, mientras Salomé hubiera besado de gratitud a Jack Malbury.

—¡Márchese!—dijo el jugador a Mac.

—Gracias. Y algún día... le demostraré mi gratitud.

Desapareció el muchacho, con el abrigo y el sombrero de Clay, perdiéndose entre las sombras de la noche. Y no tardaron en aparecer Rufe y sus perros, que comenzaron a olfatear a Malbury y a dar los característicos aullidos de triunfo.

—¡Eh! ¿Todavía estás aquí? ¿Dónde está ese hombre? ¿Dónde?—inquirió Rufe.

—No sé. No hemos visto a nadie—contestó Malbury con tranquilidad.

No cesaban los perros de aullar, y Rufe dió un grito:

—¡Ah, maldito! ¡Te has dejado engañar por ella! ¡Le has proporcionado tus botas!

—No es verdad. Son las mías...

—¡Mientes! Pero le encontraremos. Tenemos hombres por todas partes. No se escapará.

Y corrieron en busca del fugitivo, mientras Malbury sonreía y fumaba su vieja pipa con verdadera satisfacción.

* * *

Poco después se oyeron unas detonaciones cerca de la casa de Salomé. Esta, llena de ansiedad, se dirigió al campo, temiendo que Mac hubiese podido ser víctima de alguna agresión.

Tras mucho buscar, logró encontrar a Mac, a quien preguntó lo que había sucedido.

—Pues fué Larabie, que me tomó por su papá. Disparó contra mí, pero supe contestarle.

—¡Dios mío! ¿Y le mató usted?

—Sí. Disparé contra él... y le tumbé.

—¡Dese prisa! ¡Huya!

El joven movió tristemente la cabeza.

—No, no puedo marcharme. Conozco el odio que Larabie sentía contra su padre de usted... y podrían acusar a éste de su muerte. No, no. Tengo que entregarme.

Salomé se dió cuenta de la gravedad de aquel instante. Horrible dilema en que le ponía la vida. Amaba a Mac, pero si éste se entregaba, le iban a ahorcar sin compasión. Y si huía, acaso culpasen a su padre del asesinato y sería papá el ajusticiado.

Bajo esta horrible preocupación estuvieron hablando durante largo tiempo, procurando buscar ella un medio para que Mac pu-

diera huir y papá no fuera acusado. Pero no lo había. Mac, noblemente, estaba dispuesto esta vez a entregarse para salvar al padre de la mujer amada.

Entretanto se había descubierto el crimen y empezó a correr la voz pública de que había sido Clay el asesino. El mismo Larabie, antes de morir, lo había dicho. Había confundido a su agresor por vestir éste el traje y el sombrero de Clay.

El cochero Yuba, buen amigo de la familia, corrió a primera hora a advertir a Clay de lo que estaba ocurriendo.

La sorpresa y el estupor se reflejaron en el rostro de Clay.

—Yo no lo maté. Yo no he salido de casa. Vamos corriendo a ver al sheriff. Samuel—dijo a su criado—, ¿dónde están mi sombrero y mi abrigo? ¡Qué raro!

No los encontraron. Entonces la doncella les comunicó que la señorita Salomé no estaba en casa.

Iba Clay de emoción en emoción. Si habría sido ella la que mató a Larabie... Dios mío, ¡qué cosas tan horribles!

Y mientras Yuba le hacía ver el gravísimo peligro en que él se encontraba, pues todo el mundo le acusaría de la muerte de Larabie, allá en la fonda, el sheriff se disponía a ir a detener a Clay, al que creía el verdadero asesino.

Requirió la ayuda de todos. Jack Malbury estaba celebrando una partida de juego con el odioso Rufe. Este intentó acceder a la invitación del sheriff, con el deseo de ver sufrir a Salomé, que le había negado su cariño, pero Malbury, que quería demostrar la nobleza de su alma, le impidió ir, mostrándole con disimulo una pistola oculta bajo su sombrero que había depositado sobre la mesa de juego y al alcance de su mano.

Fuera Clay, fuese el forastero el asesino, quería salvar a cualquiera de los dos. Sabía que Salomé no sería suya, pero tenía la generosidad de hacer la dicha de esa muchacha.

Y así retuvo durante largo tiempo a Rufe y al sheriff con el deseo de que, entretanto, Yuba, de acuerdo con él, hubiese conseguido la fuga de Clay.

Mientras, el joven forastero convencía a la muchacha de la necesidad de entregarse. Y ella, sufriendo lo indecible porque sabía que aquello significaba la muerte de su adorado, pensaba, no obstante, que no había otra solución.

—Sí, Salomé. No podrías amarme si ajusticiaran a tu padre. Yo soy el culpable y tengo que pagar sólo yo.

—Pero yo te amo y te amaré siempre, Mac. ¡Quédate! No te entregues. Busca un medio...

—Es imposible. Me apena verte sufrir, Salomé, pero se trata de tu padre. Voy a entregarme.

Iban los dos por el camino, dispuesto él a presentarse al sheriff, buscando ella todavía un medio imposible para solventar aquella enorme dificultad.

Y de pronto encontraron a Yuba, el simpático y bondadoso cochero.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso papá...?

—Tu papá mató a Larabie en defensa propia.

—No es cierto.

—¡Vaya si lo es!

—Fuí yo... Nadie más que yo—intervino Mac.

Yuba se echó a reír. El creía que el verdadero culpable era Clay, y Larabie tenía bien merecida aquella muerte.

—Bien. No discutamos eso. A lo mejor fué mi perro o mi caballo—añadió irónico.

—No—indicó Salomé—. Fué él y se va a entregar.

—Es un rasgo noble, pero innecesario. Tu papá ya cruzó la frontera.

—¿Cómo?

—Sí; él también niega ser el autor, pero le hemos aconsejado que se vaya. Y vosotros, montad en mi caballo y reuníos con Clay. En la otra parte de la frontera ya no debéis temer a nadie.

—¡Oh, gracias, gracias!

Y después de prodigarle largas muestras de cariño, subieron a su caballo y marcharon en dirección a la frontera, a reunirse con el padre. Este, con el temor de que le acusaran del crimen, había huído, pero esperaba a Salomé en un pueblo cercano, pues Yuba le había asegurado que buscaría a su hija.

Marchaban felices los dos, con el anhelo de salir pronto de aquel país donde había tantas amenazas. Sonrientes, avanzaban hacia el olvido, hacia el amor, hacia la felicidad. Y Yuba, contento de su deber, volvía al pueblo, saboreando lentamente su satisfacción, hasta que la presencia de un oso le hizo correr como un gamo y no parar hasta encontrarse en casa.

FIN

Números publicados:

CHANDÚ, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Gustav Froehlich y Liane Haid

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, Ernest Torrence, Lew Cody, etc.

Acaban de reaparecer en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

EL BESO

Creación de Greta Garbo

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

— y —

LA MUJER X

por María Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaban de aparecer:

La sensación de la temporada

LA PELÍCULA DE LAS ESTRELLAS

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Ba-
rrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en
GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Ar-
gumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones.
Precio el de costumbre: 1 peseta

HOLLYWOOD AL DESNUDO

por Constance Bennett, Neil Hamilton, Lowell Sherman,
Gregory Ratoff, etc.

SANGRE ROJA

por Clara Bow, Gilbert Roland (Luis Alonso),
Estelle Taylor, etc.

E M M A

por Marie Dressler, Jean Hersholt, etc.

— y —

PRIMAVERA EN OTOÑO

por Catalina Bárcena y Raoul Roulien

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

E. B.